

CINCO GRANDES HEREJES

CINCO GRANDES HEREJES

Javier Ruiz Martín

Akenatón, el faraón monoteísta | Arrio contra la Trinidad |
Miguel Servet, atrapado por Calvino | Giordano Bruno, sol y fuego |
El peculiar método de John Wesley



Título: *Cinco grandes herejes*

© Javier Ruiz Martín, 2024

© De esta edición, Ladera Norte, 2024

© De las infografías y recuadros, ZAC diseño gráfico, 2024

Primera edición: abril de 2024

Diseño de cubierta y colección: ZAC diseño gráfico

© Imagen de cubierta y guardas, fresco «El Concilio de Nicea»
(Vlasios Tsotsonis, Monasterio del Gran Meteoro, Grecia)

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte:
www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-128095-5-8

Depósito Legal: M-3334-2024

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



ÍNDICE

Introducción	7
1. Akenatón, el faraón monoteísta	11
El antiguo Egipto a vista de pájaro	15
La fascinante dinastía XVIII	19
Algunas consideraciones sobre la religión en el antiguo Egipto	24
Retrato de familia sobre fondo azul	31
El hijo tardío se sienta en el trono	37
Reforma y ruptura.....	43
2. Arrio contra la Trinidad	55
<i>Aquila, regina caelorum</i>	59
«Acerca de esa cuestión sin provecho»	66
La clave está en Alejandría	71
La contundente reacción	86
3. Miguel Servet, atrapado por Calvino	97
Antes de la indecencia (1511-1530).....	101
Comienza la vida errante.....	108
La búsqueda del sacrificio.....	123

4. Giordano Bruno, sol y fuego	139
El origen de un genio y la formación de su pensamiento.....	143
Algunas complejidades de un original modo de filosofar.....	162
Otra vez en casa.....	167
5. El peculiar método de John Wesley.....	183
La sombría Inglaterra del siglo XVIII.....	187
Empieza todo.....	191
La hora de la verdad.....	197
Apuntes sobre la teología «herética» de John Wesley.....	202
Las vicisitudes del hereje y su peculiar método.....	207

ÍNDICE DE INFOGRAFÍAS Y RECUADROS

1. Akenatón en el Egipto faraónico.....	29
2. El Concilio de Nicea de 325.....	88
3. La circulación menor de la sangre.....	120
4. Giordano Bruno en la plaza Campo de' Fiori.....	180
5. La presencia actual del Método en el mundo.....	206

INTRODUCCIÓN

Las controversias religiosas siempre suscitan interés y han sido materia de estudio y apasionado debate entre eruditos y especialistas. Acaso el motivo principal estriba en la evidencia de que, a diferencia de la filosofía y las ciencias, los dogmas religiosos tienden a permanecer, debido a su naturaleza, inalterables a lo largo de la historia, y ejercen un influjo irresistible porque apelan a lo menos racional del ser humano.

Mientras que la religión se fundamenta en la creencia y sus raíces se nutren exclusivamente de voluntad y de fe, las ciencias y la filosofía se basan en las ideas, y éstas a su vez se alimentan con la razón y la crítica. Esta incompatibilidad esencial entre los pilares de la fe y los de la ciencia y la filosofía marca la insalvable frontera que los separa. Son como el agua y el aceite, que, si bien pueden aparecer juntos en un mismo recipiente, nunca serán indistinguibles.

Durante el Renacimiento, el hombre europeo dio un salto intelectual cualitativo y cuantitativo. La Ilustración reafirmó este imparable avance. El siglo XIX, con las puertas del positivismo y la ciencia empírica abiertas de par en par, le puso la rúbrica indiscutible al conocimiento. En el siglo actual, que nos atañe como especie más que nunca debido a toda clase de retos, y, por añadidura, también al cuestionamiento de las ideas y las creencias, se vislumbra la culminación tal vez definitiva de este largo viaje de la

inteligencia que comenzó hace milenios, cuando hombres y mujeres interpretaban la realidad por medio de los mitos y las leyendas que forjaron sus antepasados y que se transmitían durante generaciones.

El reconocimiento y la aceptación de la religión de nuestros mayores es como el aprendizaje que también éstos nos regalan. Para sobrevivir se necesitan ambas cosas. La religión mantiene vivo el espíritu, y los bienes obtenidos con el sudor de la frente sustentan el cuerpo. En cuanto el individuo comienza a andar solo por los caminos de la vida, lleva en su equipaje estas dos verdades incontrovertibles que muchos Estados, tradicionalmente, han fomentado y protegido.

Sin embargo, ha habido momentos en la historia de las civilizaciones en que se han cuestionado las creencias religiosas, haciendo temblar los cimientos de la sociedad. En unos casos el resultado ha sido positivo porque la humanidad ha experimentado un gran avance; en otros, desastroso al provocar muerte y destrucción. Pero las más de las veces las consecuencias han sido inquietantes, si nos ceñimos a la repercusión espiritual; de ahí la incognoscible atracción que ejerce en el estudioso de las religiones comparadas el análisis de las diferentes herejías que han salpicado a las religiones desde que tenemos memoria.

Este breve ensayo sobre cinco grandes herejes de la historia aspira a ahondar en las vidas de esas personas que quisieron trazar su propia ruta, a contracorriente, para llegar a Dios. Cada uno de ellos pertenece a una época diferente, pero a momentos históricos que comparten la circunstancia de que los dogmas religiosos oficiales no se cuestionaban, solo se acataban.

El caso de Akenatón, faraón de la dinastía XVIII durante el Imperio Nuevo egipcio, es el más peculiar del quinteto porque él mismo era la encarnación real del poder. Pero, sobre todo, porque se le consideraba como el representante de la divinidad, y era adorado como un dios. Más allá de su enigmática personalidad no había otro ser superior más que un dios único, llamado Atón. Akenatón fue declarado hereje por quienes vinieron después que él, y su nombre, anatema. Veremos las razones de todo ello.

En cuanto a los otros cuatro heterodoxos, cada uno contradujo, a su manera, algún aspecto de la doctrina de su religión.

Arrio, personaje de gran carisma, planteó serios problemas a la Iglesia católica de su tiempo al cuestionar la divinidad de Cristo.

Miguel Servet era un hombre sabio, con una mente a la vez caótica y científica. Se peleó contra católicos y protestantes, ridiculizando a veces con ingenioso humor el dogma de la Trinidad, y bien caro que le costó.

Giordano Bruno era otra inteligencia prodigiosa y en especial sensible. Fue condenado por la Inquisición por numerosos motivos. Su desafío a la Iglesia católica y la objeción a las ideas «científicas» de la época que le tocó, en mala suerte, vivir lo llevaron a la hoguera.

John Wesley, sacerdote anglicano, pretendió reavivar la fe de la Iglesia de Inglaterra, a la que pertenecía. Ésta terminaría considerándole un hereje.

De la mano de estos cinco herejes conoceremos en profundidad las razones de la heterodoxia de cada uno de ellos, y sentiremos una insospechada solidaridad. Sus vidas transcurrieron en momentos históricos muy diferentes al nuestro,

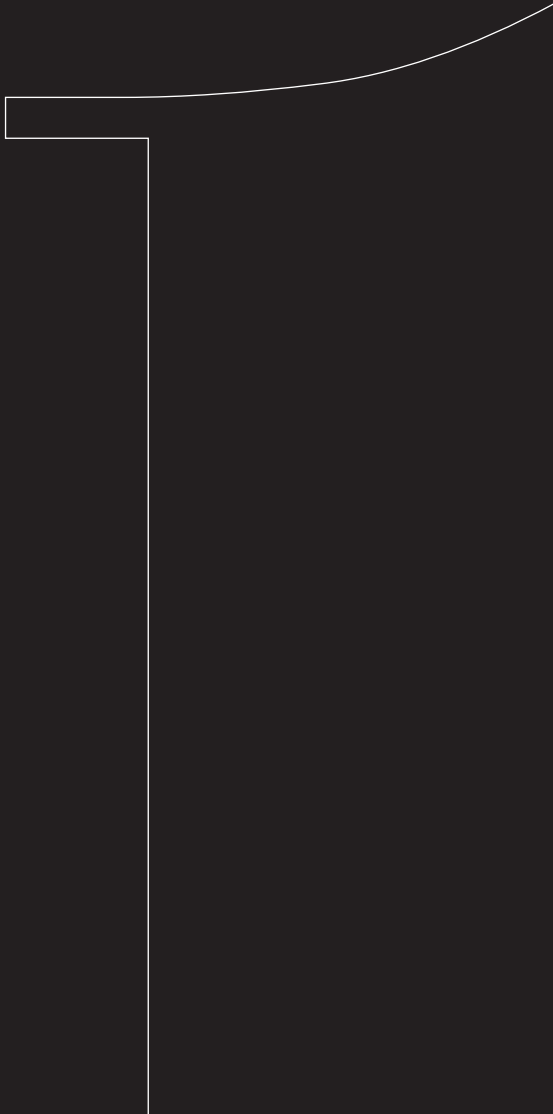
pero idénticos en lo esencial: la angustiada búsqueda de la trascendencia, para mitigar la trágica soledad del individuo cuando se enfrenta al momento más decisivo de su vida, que es la muerte.

Borges escribió los versos que resumen esta soledad común a los seres humanos de todos los tiempos y justifican la aparición de la heterodoxia religiosa, que, a juicio de George Steiner, es el umbral de la verdad como también lo son el desacuerdo y la crítica.

Murieron otros, pero ello aconteció en el pasado,
que es la estación (nadie lo ignora) más propicia a la muerte.
¿Es posible que yo, súbdito de Yaqub Almansur,
muera como tuvieron que morir las rosas y Aristóteles?

Del «Diván de Almotásim el Magrebí» (siglo XII)

Akenatón, el faraón monoteísta



Las imágenes que se conservan del faraón egipcio Amenhotep IV, o Amenofis IV, también conocido como Akenatón, son paradigmáticas. Bajo los suaves rasgos de la cara del personaje se esconde el misterio de una personalidad subyugante y excepcional. ¿Quién no experimenta, cuando observa una escultura que representa a este hombre, una inexplicable agitación interior? Lo mismo sucede al contemplar los grabados donde el faraón aparece, junto a su hermosa y célebre esposa Nefertiti, jugando con sus hijas. Una escena de este tipo, aun siendo tan común hoy en día, sorprende al espectador contemporáneo. Pero también existe un bajorrelieve, ya clásico, que muestra a Akenatón bañado por los rayos del sol. La belleza y plasticidad de todas estas obras artísticas provocan admiración. Han llegado hasta nosotros gracias al descubrimiento, hace ya mucho tiempo, de una ciudad sepultada bajo las arenas del desierto, en la región de Tell el-Amarna. Su nombre es Aketatón, que significa «El horizonte de Atón», y la mandó erigir Amenofis IV, tras abandonar Tebas, la capital del Imperio Nuevo egipcio, como homenaje u ofrenda al dios Atón, el disco solar. Sin el hallazgo de esta ciudad enterrada, jamás habríamos conocido lo sucedido durante los convulsos años del reinado de este faraón. Quienes le sucedieron borraron todo vestigio suyo, dejando un vacío en la historia del antiguo Egipto que los egiptólogos intentan rellenar por medio del análisis de las obras de arte que han perdurado, pero sobre todo planteando

frágiles hipótesis. Y es que Amenofis IV rompió, en apariencia, con toda la tradición religiosa anterior a él. Solo respetó a Atón como representación de una deidad única e indiscutible. Su afán monoteísta le generó un odio acérrimo entre la casta sacerdotal del dios Amón, dios celeste y de la creación, que durante mucho tiempo había ido acumulando privilegios y riquezas y arrebatando cada vez más poder a los faraones. Es indudable que los motivos de Akenatón eran profundamente espirituales, a la luz de su poco conocida biografía, pero no es menos cierto que además había sobradas razones de índole gubernamental: su herejía fue sobre todo un intento de control político contra la bicefalia del faraón con la casta sacerdotal de Amón. Quizá su modo de obrar se pueda resumir en una sola frase: Akenatón rompió los esquemas mentales de un pueblo milenario. Una religión que apenas había evolucionado se vio de pronto sometida a una revolución que la obligó a dar un giro radical. Esto implicó la pérdida de poder del clero, que se sintió humillado y desposeído, y tuvo sus consecuencias. ¿Fue, pues, Amenofis IV, un faraón revolucionario? Sí, en dos sentidos: inventó el monoteísmo antes de la aparición del Dios de los judíos en la historia, y a su vez les quitó el poder a quienes lo habían detentado a la sombra del trono de los faraones, pero también fuera de esta. Su afán personal en llegar a Dios, el único en el que él creía, supuso la ruptura con el orden social existente hasta el momento. En cuanto Amenofis IV desapareció, las turbulentas aguas que se habían desbordado durante unos pocos años volvieron a su cauce, como las del Nilo tras las crecidas anuales. Fue declarado hereje y borrado de la historia.

El antiguo Egipto a vista de pájaro

Los acontecimientos del antiguo Egipto ofrecen una paradoja: se conocen muchas cosas, pero existen enormes lagunas de desconocimiento donde los especialistas navegan las más de las veces a la deriva intentando rescatar los datos que ofrece el turbio cieno de la historia.

Con el tema que nos ocupa, que es la enigmática figura del faraón Amenofis IV, declarado hereje por quienes vinieron después de él e incluso por el clero de Amón durante su reinado, sucede exactamente lo mismo. Lo que se sabe de este faraón es poco más o menos lo que se ha sabido siempre. Si se quieren aportar nuevos y reveladores conocimientos que ahonden en el personaje, éstos, inevitablemente, serán fruto de la especulación, y no con poca frecuencia de la imaginación. Un ejemplo evidente es la reivindicación de Amenofis IV como un hermafrodita, a la luz de la iconografía, ciertamente turbadora, que le representa con unas características físicas peculiares. Incluso se da el caso de considerarlo un extraterrestre. Estas suposiciones tienen sus seguidores, pero también sus detractores. Al segundo grupo se suma la inmensa mayoría de los especialistas serios, que basan sus teorías y argumentos en las fuentes disponibles, en la arqueología y en estudios sosegados y racionales que tienen como método el análisis histórico de base científica.

Cuando se aspira a comprender a Amenofis IV en su vertiente más humana, aunque parezca tarea imposible, debe partirse de una idea muy simple: para conocer a la persona hay que encuadrarla en un contexto histórico, cultural y civilizatorio relativamente amplio. Es necesario estudiar el antes,

el durante e incluso el después del personaje, pero siempre dentro de unos límites muy concretos para evitar correr el riesgo de distorsionar el resultado final o provisional, que no definitivo, pues de lo contrario terminaría diluyéndose en el océano de la ignorancia.

Con esta premisa investigadora, la exigencia inicial es establecer un cuadro general de la historia del antiguo Egipto previo a la dinastía XVIII. Esto nos permitirá dar el primero de los pasos que nos conduzcan al esclarecimiento de la herejía de Amenofis IV.

La historia del Egipto faraónico es tan larga como el río Nilo, a cuyas orillas surgió este milagro civilizatorio, y mucho más compleja incluso de lo que reflejan los estudios y conclusiones de los egiptólogos. Tres mil quinientos años dan para mucho. Nos podemos hacer una idea si los comparamos con el tiempo de vida de la civilización occidental, que aún sigue su atribulado camino un tanto maltrecha y llena de achaques.

Las divisiones admitidas por los especialistas hablan de un Periodo Predinástico en Egipto, y han fijado el año 3200 antes de Cristo para establecer la unificación de varios reinos tanto del Alto Egipto —situado en el sur—, como del Bajo Egipto —situado al norte, en el delta del Nilo—. Es probable que el rey Narmer, el unificador del norte y del sur, procediera de la ciudad llamada Hieracópolis, que estaba en el Alto Egipto. La importancia de este rey es capital porque inaugura el Egipto faraónico y la primera dinastía. La unificación fue pues su gran obra, y solo por esto merece ser mencionado. Un dato importante de su reinado es la asimilación de su persona con el dios-halcón, llamado Horus, instituyendo así su

filiación divina. Por lo demás, Narmer y los faraones de las dinastías I y II crearon una administración real centralizada, racionalizaron la explotación agrícola del valle del Nilo, ubicaron la capital de Egipto en Tinis, y prepararon el terreno para erigir una nueva ciudad en el delta del Nilo, llamada Menfis. El prodigio egipcio iniciaba su larga andadura.

Hacia el año 2800 antes de Cristo comenzó el Imperio Antiguo, que arrancó con la dinastía III y terminó con la VI. La capital se estableció en Menfis, y se levantaron en Gizeh las famosas pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos. En este tiempo, el faraón le dio preeminencia al dios solar llamado Ra, proclamándose hijo suyo, basándose en los preceptos del clero de la ciudad de Heliópolis y contando con la ayuda de los sacerdotes de Menfis. La extinción de este imperio sobrevino debido a una serie de revueltas sociales que sumieron a Egipto en la anarquía. El poder real se vio amenazado a su vez por el ascenso de una oligarquía de funcionarios provinciales y de la nobleza, que usurparon prerrogativas al faraón. La influencia extranjera dejó sentir su peso, especialmente con la llegada de beduinos que se establecieron en el delta del Nilo.

El denominado Primer Periodo Intermedio comenzó hacia el año 2300 antes de Cristo. Se abrió con la dinastía VII y se cerró con la X. Se caracterizó por la desorganización territorial. Egipto se dividió y se produjo una crisis de las creencias religiosas. Había dos capitales: al sur estaba la ciudad de Tebas, y al norte Heracleópolis. Pero unos príncipes tebanos tomaron las riendas y lograron restablecer la unidad, fundando, hacia el año 2160 antes de Cristo, la dinastía XI y el Imperio Medio, que terminaría con la dinastía XII. La capital

se fijó entonces en Tebas. En esta época, la monarquía recuperó de nuevo todo su poder y se puso bajo la protección de un dios estatal llamado Amón-Ra, que era el resultado de un pacto entre el clero de Amón, divinidad local tebana, y Ra, el dios solar de Heliópolis. Las intenciones políticas de esta fusión eran evidentes. Fue este un periodo de gran prosperidad en todos los ámbitos, que se fue al traste con la llegada de pueblos nómadas, de origen indoeuropeo, que se derramaron como una catarata por todo Oriente Próximo. Los egipcios llamaron hicsos a los invasores que penetraron en su Imperio y lo dominaron durante doscientos años —del 1800 al 1600 antes de Cristo—, inaugurando así el Segundo Periodo Intermedio. Algunos egiptólogos han relacionado a los hicsos con las inolvidables tribus de Israel, ya que aquellos eran también de origen semita. Dichas especulaciones podrían tener su fundamento si nos atenemos a los acontecimientos —expulsión de los hicsos; acaso sometimiento a la esclavitud de los que se quedaron; esperanza de estos en escapar del yugo egipcio y hallar una tierra donde establecerse y vivir libres—, pero parece que la cronología del Éxodo no concuerda con esta época. El Segundo Periodo Intermedio abarcó las dinastías XIII, XIV, XV y XVI. Fue traumático para los egipcios, pues los hicsos se enseñorearon prácticamente de todo el Imperio, gobernándolo desde su capital, una fortaleza llamada Avaris. Sin embargo, quedó en Tebas una especie de resistencia egipcia contra la invasión semita. Estaba dirigida por los príncipes tebanos, que se afanaron en mantener viva una dinastía independiente y aislada de los hicsos, la dinastía XVII, que se encargaría de expulsarlos.

La fascinante dinastía XVIII

Las fuentes históricas, y, en consecuencia, los egiptólogos aciertan al afirmar que Amosis I fue el faraón que derrotó a los hicsos. Pero, para precisarlo, habría que decir que Amosis I los expulsó del delta del Nilo. Esto sucedió hacia el año 1552 antes de Cristo. Fue su hermano Kamosis —dinastía XVII— quien los había derrotado previamente, arrebatándoles el Egipto medio. Así pues, lo que hizo Amosis no fue sino rematar la faena.

Como ya sabemos, los hicsos eran un pueblo nómada semita que invadió Egipto al final del Imperio Medio. Inauguraron la etapa histórica llamada Segundo Periodo Intermedio, harto dura para los egipcios por verse sometidos al yugo de un pueblo extranjero.

Con el triunfo de Amosis I sobre los invasores comenzó el Imperio Nuevo egipcio, que abarcó tres dinastías, la XVIII, la XIX y la XX. La dinastía número XVIII (hacia 1570-1304 antes de Cristo) duró unos 260 años —si nos fiamos de Manetón, sacerdote e historiador egipcio que vivió en el siglo III antes de Cristo y escribió, en lengua griega, una historia de Egipto ordenada cronológicamente—, menos de lo que debería de haber durado a tenor de su poderío militar y económico, probablemente por causa de la crisis provocada precisamente por la herejía de Amenofis IV.

El Imperio Nuevo se considera el periodo de máximo esplendor de la civilización egipcia. Ofrece, tanto al especialista como al profano, unos atractivos difíciles de superar, si exceptuamos las famosas pirámides, mucho más antiguas. De las tres dinastías, la XVIII estaría destinada a ser la más importante de las treinta que se sucedieron en el antiguo Egipto.

Para hacernos una idea, en cifras redondas, fueron 300 los faraones que se sentaron en el trono de Egipto a lo largo de 3500 años de historia, hasta el año 332 antes de Cristo, cuando Alejandro Magno conquistó estas tierras fascinantes. Los catorce o quince —no está claro cuántos fueron— faraones de la dinastía XVIII representan la culminación de la civilización del Nilo, y entre ellos está Amenofis IV, cuyos actos heréticos ensombrecieron, a ojos de su propio pueblo (a excepción de unos pocos seguidores que lo imitaron) la grandeza de su imperio. El faraón Amosis I inauguró esta dinastía, que se cerró con Hohremheb. Entre medias reinaron, según las fuentes más fiables, Amenofis I, Tutmosis I, Tutmosis II, Hatsepsut, Tutmosis III, Amenofis II, Tutmosis IV, Amenofis III, nuestro Amenofis IV o Akenatón, Neferneferuatón, Semenejkara, Tutankamón, y Ay.

Los malhadados hicsos, que no eran tan bárbaros como a veces se los ha pintado, pues fueron ellos los que dieron a conocer a los egipcios, entre otras cosas, el carro y el caballo, habían establecido —como ya sabemos— su capital en Avaris, una ciudad situada en la zona oriental del delta del Nilo. Amosis I pertenecía a la familia real de Tebas, que estaba mucho más al sur de Egipto. Una vez derrotados los hicsos éste instauró en esta ciudad la capital del imperio. A partir de entonces se abrió una época de prosperidad y riqueza como nunca antes se había visto. Se puede hablar de la edad de oro del imperio de los faraones. La vida intelectual y artística se activó, y la llegada de riquezas procedentes de otros lugares permitió la construcción de maravillosas residencias. Un ejemplo claro lo ofrece Karnak, que originariamente era un arrabal de Tebas, y que terminó convirtiéndose en una